



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: La inmigración de médicos españoles de 1939 y la medicina en México

Autor: Guarner, Vicente

Forma sugerida de citar: Guarner, V. (1988). La inmigración de médicos españoles de 1939 y la medicina en México. *Cuadernos Americanos*, 1(7), 16-28.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año II, núm. 7, (enero-febrero de 1988).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## LA INMIGRACION DE MEDICOS ESPAÑOLES DE 1939 Y LA MEDICINA EN MEXICO

Por *Vicente* GUARNER  
ACADEMIA NACIONAL DE  
MEDICINA, MÉXICO

EN LA emigración que siguió a la Guerra Civil española de 1936-1939, el conjunto constituido por aquellos profesionales de la medicina representa, tanto por su número como por el sello y carácter de muchos de sus integrantes, uno de los grupos que reviste mayor interés y se hace sobradamente merecedor de un estudio conceptual y crítico. Ya con antelación otros escritos han aludido al tema,<sup>1</sup> aunque en su mayor parte se hallan dispersos en artículos e incluso en libros que se expresan acerca de la inmigración en general. Unos adolecen de ser poco conceptuales y otros no disimulan su parcialidad, unas veces demeritan y otras inflan el curriculum de aquellos con los que han guardado cierta relación a través del tiempo. El titulado *Veinticinco años de medicina española en México*, escrito por Germán Somolinos, con un espléndido comentario final del maestro Ignacio Chávez<sup>2</sup> es, en mi opinión, el mejor, aunque peca quizá de ser poco crítico y sobre todo de mezclar los médicos emigrados de España con aquellos que, nacidos en ella, inmigraron y estudiaron la carrera en México. Para mí, esta última generación debe ser considerada en su naturaleza como mexicana, ya se trate de pintores, historiadores, politólogos o médicos, y prueba de ello reside en que el grueso de la misma se pierde entre la población del México de hoy, sin que ni siquiera se lleguen a sospechar, en ocasiones, las raíces de muchos de sus integrantes. A mayor abundamiento, aquellos que han disfrutado de cierta proyección internacional son considerados siempre *urbi et orbi* como mexicanos, aún por los actuales habitantes de la Península Ibérica.

<sup>1</sup> Carlos Martínez, *Crónica de una emigración*, México, Libromex, 1959, *El exilio español en México, 1939-1982*, México, FCE, 1982 y Patricia Fagen, *Exiles and Citizens, Spanish Republicans in Mexico*, Texas, Austin University Press, 1973.

<sup>2</sup> México, El Ateneo Español, 1966.

Para cualquier adolescente que crece en México entre la Guerra Civil española y la bomba de Hiroshima, el exilio ibérico no fue remotamente ni un enmarañado o confuso estereotipo, ni un simple hecho histórico, sino una presencia cotidiana y constante que dejó permanente huella. Mi largo e íntimo trato con los médicos de la inmigración republicana me incita ahora a hacer un análisis, en voz alta, de aquello que, visto hoy desde su perspectiva real, constituye para mí un ejemplo de lo que por encima de todo fue —y cada día estoy seguro lo será aún más— un fenómeno intelectual, idealista y hasta romántico, emprendido por quienes sacrificaron, de raíz, su bienestar por sus ideas.

Rebasaron la cifra de 500 los médicos españoles que inmigraron a México al terminar la Guerra Civil. Si tomamos en consideración que el total de médicos mexicanos que en aquel entonces aparecían registrados en el Departamento de Salubridad era de 5 000, el número de facultativos se incrementó súbitamente en una décima parte más. En toda la historia de la medicina nunca se había visto un hecho semejante. Por primera vez, sin exámenes de revalidación ni trámites burocráticos de ninguna naturaleza, un país abrió las puertas a un 10% de una sola rama de sus profesionales y les permitía el libre ejercicio de su menester. ¿Qué otra nación ha deparado jamás una muestra semejante de dadivosidad? El conglomerado médico era, como es natural, heterogéneo en cuanto a un sinnúmero de factores, desde las universidades de donde procedían, preparación, experiencia, hasta edades, porque, como es de entender, la diáspora no los encontró a todos en el mismo instante de la vida. Unos eran jóvenes recién salidos de la facultad, otros eran hombres maduros y varios de ellos, incluso, hasta con prestigio internacional. De los jóvenes, muchos se desarrollarían en México y algunos hasta darían impulso a la investigación y a la enseñanza y, virtualmente, a la formación y al desarrollo de especialidades, aunque el grueso del conglomerado médico encontraría acomodo dentro del libre ejercicio de la profesión.

En el marco de esta heterogeneidad de edades, preparación académica, y hasta matices de partidos distintos, existía un eslabón común a todos ellos, que era su ideal político, en el que se respiraba la imperiosa necesidad de ser libres. Ya Don Quijote se lo había dicho a los españoles y al resto del mundo en cierta ocasión:

La libertad, Sancho, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos, con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida (*Don Quijote*, II, I.VIII).

No es el propósito de este ensayo analizar, ni entrar en definiciones, ni en defensa de su ideología política, y mucho menos en razones de tipo doctrinario acerca del móvil global de dicha traslación. Ahora, al interiorizarnos en el tema, podríamos empezar por preguntarnos el porqué de un grupo tan numeroso. La razón, sin duda, estaba inspirada en una educación básica común. Y la verdad es que eran muchos los formados bajo el manto de aquella Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, institución oficial española creada por Real Decreto el 11 de enero de 1907 y modificada después en 1911, con el fin de fomentar e impulsar la investigación científica. Fue la citada institución presidida nada menos que por don Santiago Ramón y Cajal y por don Ramón Menéndez Pidal entre otros. Dentro de ella funcionaron varios centros, además de laboratorios e institutos. Más tarde, la organización contaría con personajes tan relevantes como Blas Cabrera, Enrique Rioja e Ignacio Bolívar, los tres sobresalientes figuras de la ciencia española. Cuando le preguntaban al último de los tres por qué había decidido exiliarse a los 80 años, respondía: "He venido a México para poder morir con dignidad". Y morir, pero más vivir con dignidad, constituía el lema común de todos ellos.

Pero no sólo fue la influencia pasada de un movimiento intelectual de renovación que antes habían iniciado don Francisco Giner de los Ríos y don Manuel Cossío,<sup>3</sup> en aquella Institución Libre de Enseñanza creada en épocas tan pretéritas como 1876, sino también lo fue el ascendiente cercano que ejercieron en los médicos emigrados muchos de los que habían sido sus profesores universitarios. Los grandes maestros como Marañón, que al menos durante una gran parte de su vida fue un declarado liberal; reléase en favor de ello la bellísima definición de liberal escrita de su puño y letra en sus *Ensayos liberales*:

El liberalismo es, pues, una conducta y por lo tanto, es mucho más que una política y, como tal conducta, no requiere profesiones de fe, sino ejercerla de un modo natural, sin exhibirla ni ostentarla. Se debe ser liberal sin darse cuenta, como se es limpio, o como, por instinto nos resistimos a mentir

Y no sólo Marañón, sino también habían desplegado en ellos sus ideas Teófilo Hernando, profesor de terapéutica y ardiente reno-

<sup>3</sup> Manuel B. Cossío, *A don Manuel B. Cossío en su centenario*. Edición de sus discípulos. México, 1957.

<sup>4</sup> Gregorio Marañón, *Ensayos liberales*, Madrid, Espasa-Calpe, 1947.

vador de la medicina española, Juan Negrín y Hernández Guerra, profesores de fisiología de la Universidad de Madrid; y no las ejercieron menos muchos profesores de otras casas de estudio, como Augusto Pisunier y Jesús Bellido, en la Universidad de Barcelona, por no citar otros nombres como los de don Manuel Márquez y don Gonzalo Lafora, cuyo idealismo los llevaría al exilio, junto con aquellos que habían sido sus discípulos. Conviene además colocarnos en el contexto de la Guerra Civil española en 1935, año que, como Gabriel Jackson<sup>8</sup> hace notar, fue, sin lugar a dudas, un momento culminante en el renacimiento cultural del país. Precisamente en aquel año, dice Jackson, se comenzaron a publicar grandes síntesis históricas, concurrieron relevantes congresos mundiales en Madrid y se llevó a efecto una gran cruzada contra el analfabetismo. Agrega más adelante:

Las pasiones políticas, el genio literario y la vitalidad cultural, el idealismo individual y la generosidad de todas las clases españolas estaban en pleno apogeo en el año de 1935.

Y fue precisamente aquella tradición democrática y liberal, como apunta Carlos Fuentes,<sup>9</sup> la que nos enseñó la emigración de la guerra y, además, nos educó en ella y la hizo parte de la América Española, gracias a su dolor transitivo y a su pasaje de memorias y de esperanza.

Los médicos españoles fueron objeto de cordial acogida por la gran mayoría de sus colegas mexicanos. Si restamos pequeñas diferencias, la bandera que portaban unos y otros, tanto mexicanos como españoles, venía a ser la misma que en México se estaba enarbolando desde principios del siglo XIX, aquella que habían sostenido Morelos, Allende, Juárez y Cárdenas; la misma, además, que el 19 de Octubre de 1833 impulsó a Valentín Gómez Farías a fundar el establecimiento de ciencias médicas. Las grandes figuras de la intelectualidad mexicana de esta primera mitad del siglo XX, Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, Ramos Millán, Isidro Fabela, Roberto Montenegro, Rubén Romero y los ilustres maestros de la medicina, don Ignacio Chávez, Tomás Perrín, Manuel Martínez Báez, González Guzmán, José Joaquín Izquierdo, Ismael Cosío Villegas y muchos más que sería largo citar, todos se habían alimentado de aquel atávico liberalismo y recibieron con entusias-

<sup>8</sup> Gabriel Jackson, *La República española y la Guerra Civil, 1931-1939*, México, Orbis, 1985.

<sup>9</sup> Carlos Fuentes, "La España de un mexicano", en *Novedades*, 9 de noviembre de 1986.

mo la llegada de los intelectuales españoles. Pero situémonos en lo que era la República Mexicana en 1939. En aquella época la medicina se encontraba en una etapa ferviente de organización, la que la iba a llevar a su actual desarrollo. Por una parte, México comenzaba a enviar al extranjero grupos de médicos jóvenes con vistas a su especialización y, por la otra, en el país se sembraba la semilla para las grandes transformaciones. En 1943 se crea la Secretaría de Salubridad y Asistencia, se construye el Hospital Infantil de México y ya se cuenta con los planos para la edificación del Instituto Nacional de Cardiología.<sup>7</sup> Acabábanse de fundar, en ese entonces, nuevos centros de investigación dentro del Hospital General de la Ciudad de México: el Laboratorio de Investigación Médica y el Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos, factores todos ellos que en ese instante convirtieron la idea de progreso en el *leit motiv* de la medicina, aunque con el mismo grado participaban de ella la pintura, con el movimiento muralista, la arquitectura, con el abandono del europeísmo porfirista y la adaptación de formas correspondientes a las construcciones prehispánicas y novohispanas, la música, con las obras de Revueltas, Chávez y Ponce, los trabajos filosóficos de Samuel Ramos y de Octavio Paz y la poesía de José Gorostiza. Parecía como si, a partir de los cuarenta, la idea de progreso se hubiera transformado, súbitamente, de sólo una corriente en una imperiosa necesidad. El panorama médico de ese entonces constituyó el presagio del enorme crecimiento hospitalario que iba a tener México poco después y que se halla pormenorizado por el doctor Ignacio Chávez en el libro *México en la cultura médica*, editado por el Colegio Nacional.<sup>8</sup>

México absorbió al grupo de médicos españoles, lo asimiló y lo incorporó a su trabajo, desde luego, pero también es innegable que los inmigrados fueron capaces de marcar su presencia en muchos aspectos del desarrollo de la medicina nacional.

Un buen número ocupó una posición dentro de la docencia, ya sea en la Universidad Nacional Autónoma de México o en el Instituto Politécnico Nacional: Puche, Pérez Cirera, Rafael Méndez, Francisco Guerra, Jesús de Miguel, Capella, Pisuñer y Costero en la primera y, en el Politécnico, Manuel Márquez, Torreblanco, Germán García, Dutrem y Folch y Pi. Dejaron huella indeleble en mí las lecciones de don José Puche, de don Francisco Guerra y de don Isaac Costero. Este último nos daba clases de anatomía pato-

<sup>7</sup> Vicente Guarner, "La evolución de la medicina en México, 1953-1983", en *Ciencia y desarrollo* (México), núm. 57 (1984), p. 119.

<sup>8</sup> Ignacio Chávez, "La medicina en México", en *México en la cultura médica*, México, El Colegio Nacional-SEP, 1961, pp. 841-915.

lógica tres días a la semana, por las tardes, en el Instituto de Cardiología y un día, siguiendo paso a paso el protocolo de una autopsia, directamente del cadáver, en el Hospital General. Sus exposiciones eran tan claras y amenas que no sólo concurríamos a ellas los estudiantes del curso, sino que lo hacían los mismos patólogos que trabajaban con él en su departamento. Costero estaba dotado de una enorme simpatía, siempre impecablemente vestido de uniforme blanco, unas veces se recargaba en el borde de la mesa y otras se sentaba en ella con los pies colgando y, desde allí, salpicaba su clase de divertidísimas anécdotas, todo con una gran claridad de expresión, en un lenguaje florido que conservaba graciosos giros y entonaciones aragonesas. Don José Puche era lo opuesto; como profesor se concretaba exclusivamente a la exposición de su tema. La asignatura que enseñaba era la árida fisiología general que, en ese entonces, venía a ser una fisiología celular a medias, asignatura que don José conocía a fondo. Toda su educación se había centrado en el campo de la fisiología en aquella escuela barcelonesa que siempre guardó gran tradición. Era Puche un hombre tolerante, instruido, que hablaba un castellano culto y bien modulado y que, además, escribía con verdadero buen gusto. Todavía recuerdo haberle escuchado durante un simposio en la Academia Nacional de Medicina en 1973 acerca de don Santiago Ramón y Cajal, donde don José se refirió a la biblioteca personal del ilustre histólogo y lo hizo en un sencillo y bellísimo español. Nunca tuve el privilegio de ser alumno de don Alberto Folch y Pi; tan sólo lo he escuchado en algunas conferencias y lo considero uno de los hombres de mayor erudición que he conocido y con ese don que tienen los hombres cultos que es, como mi padre acostumbraba a enseñarnos, no el banal y deleznable saber muchas cosas, sino el afán por intentar comprender el mayor número que sea posible.

Pero no todo fue miel sobre hojuelas para los inmigrados. El acceso directo a la labor institucional no resultó tarea fácil. Ninguno, por ejemplo, pudo en aquella época hacer carrera en el Hospital General de la Ciudad de México, porque en los estatutos de dicha institución se señalaba que para poder presentar oposiciones se requería ser mexicano por nacimiento. Dicho estatuto, que permaneció vigente por muchos años, regía también en la Academia Mexicana de Cirugía, aunque en 1973 fue derogado.

Algunos de los médicos refugiados fueron acogidos por la Beneficencia Española, la cual no resultaba, entre paréntesis, un medio particularmente amable para ellos, debido a que los destinos de la misma eran gobernados por los antiguos residentes españo-

les que, en su mayoría, simpatizaban con el movimiento franquista. No obstante, se incorporaron al plantel del sanatorio Alejandro Otero, como jefe del Servicio de Obstetricia —servicio que después tuvo a su cargo Urbano Barnés—, Julio Bejarano, encargado del Servicio de Dermatología, Ramón Cerviño en Infectología, Germán García en Oncología y Obrador y López Albo en Neuropsiquiatría. Finalmente, Antonio Encinas en Pediatría, y Capella, que incluso durante varios años llegaría a ocupar la dirección del Hospital Español, fue el que tuvo a su cargo el laboratorio. Resulta oportuno mencionar, como otro hecho insólito, que el grupo de médicos españoles llegó al exilio en forma simultánea con sus pacientes, que se encontraban en la misma diáspora, y que este fenómeno hizo que, durante muchos años, los médicos extranjeros no se convirtieran en un factor de competencia para los profesionales del país. De igual condición económica que sus pacientes, los médicos exiliados disponían, en su gran mayoría, de escasos recursos. Algunos tropezaron con dificultad para conseguir trabajo y otros obtenían ocupaciones mal retribuidas.<sup>9</sup> Los médicos desempeñaron una gran parte de su labor en forma absolutamente desinteresada y muchos continuaron haciéndolo durante gran parte de su vida en el exilio, tales los casos de Rafael Fraile y de Santiago Villanueva, ambos internistas con gran preparación y extensísima clientela, que nunca llegaron a ocupar puesto institucional alguno y que llevaron a efecto una enorme labor de desprendimiento y filantropía.

Como consecuencia de las condiciones económicas de la casi totalidad de la población de exiliados, se crearon las sociedades mutualistas a semejanza de las antiguas sociedades de iguala. Dichas sociedades se hallaron representadas por la Benéfica Hispana, el Centro de Especialidades Ramón y Cajal, la Médico Farmacéutica de las calles de Guadalquivir y la Clínica Barsky. Esta última llevaba el nombre del jefe de sanidad de las Brigadas Internacionales que participaron en la Guerra Civil y él mismo tuvo por cometido la formación de esa clínica, para cuya operación fue auxiliado por especialistas españoles. Sin discusión, la institución médica mutualista de mayor importancia fue la Benéfica Hispana, fundada el 3 de enero de 1942, que durante más de un año, hasta junio de 1943, funcionó con un grupo de médicos que prestaban sus servicios en forma altruista, y a partir de esa última fecha se convirtió en asociación civil mexicana de corte mutualista para

<sup>9</sup> Martin Shapiro, "Medical Aid to Spanish Republic during Civil War (1936-1939)", en *Annals of Internal Medicine*, vol. 97 (1982), pp. 119-124.

servir a sus afiliados. Sólo en ese momento el personal médico encabezado por Joaquín D'Harcourt cobró sueldo, y ello se acompañó por el ingreso a la misma de médicos mexicanos. Fue Joaquín D'Harcourt un cirujano general, teniente coronel, médico de los ejércitos republicanos, aventajado discípulo de Manuel Bastos, a quien la Guerra Civil alcanza en plena carrera de ascenso profesional y proporciona, simultáneamente, una gran experiencia en el campo de la traumatología y un excelente medio para darse a conocer. Acostumbraba relatarme cómo, durante la contienda civil, en un vagón de ferrocarril habían improvisado un quirófano con varias mesas de operaciones y unas cuantas camas de recuperación.<sup>10</sup> Con un equipo de unos cuantos ayudantes llegó a realizar en forma ininterrumpida hasta 30 operaciones en 24 horas. Era D'Harcourt hombre de recia personalidad y con un gran don de gentes, ilustrado, de gran capacidad de trabajo e inteligencia, aunque nunca logró, a pesar de sus denodados esfuerzos, elevar la calidad de la Benéfica Hispánica al mismo nivel de los sanatorios de primera línea de su época. Siempre sus recursos fueron reducidos y no pudo competir por elio con el Sanatorio Español, donde la mayor parte de los refugiados terminaron por acogerse, pese a pretéritas diferencias. Yo tengo presente a Joaquín D'Harcourt todavía en 1946, operando en la clínica de la Benéfica de las calles de Marsella, asistido por un practicante como único ayudante y con una enfermera que proporcionaba la anestesia al paciente con éter, gota a gota, mediante mascarilla de Obredanne en circuito semicerrado.

La otra máxima representación de la cirugía en el grupo de médicos inmigrados la tenía Jacinto Segovia, quien al estallar la Guerra Civil llevaba una brillantísima carrera hospitalaria, pues era jefe del equipo quirúrgico del Ayuntamiento de Madrid, de las casas de socorro y médico del Hospital General de Madrid. La sublevación militar del 36 alcanza a Segovia con 44 años, en plena carrera ascendente para un cirujano, aunque, a decir verdad, Segovia era ya bien conocido en España y hasta podría decirse que incluso popular, popularidad adquirida a través de sus intervenciones quirúrgicas en las heridas por asta de toro. Ni Segovia ni D'Harcourt ocuparon posición hospitalaria, universitaria o académica dentro de la cirugía mexicana. Los dos tropezaron con un campo por el que tradicionalmente había mucha competencia en México. Ambos eran, además, cirujanos generales formados muy a la europea, en los primeros decenios de nuestro siglo, cuando

<sup>10</sup> *Los médicos y la medicina en la Guerra Civil española. Monografía*, Madrid, Beecham, 1986.

los médicos se dividían en internistas, quienes igual resolvían problemas cardiorrespiratorios que endocrinológicos y cirujanos que operaban problemas patológicos de la cabeza a los pies. Fue a partir de la Segunda Guerra Mundial cuando se desarrolló en forma notable la especialización en cirugía. Si es cierto que D'Harcourt siempre mostró mayor inclinación por los problemas ortopédicos y Segovia por la cirugía visceral, ambos cubrían en la práctica cualquier cuestión quirúrgica de la índole que fuese. Segovia fue un técnico diestrísimo y cuidadoso, con sólido conocimiento de la anatomía quirúrgica y de sus fundamentos embriológicos, que nos legó un tratado en seis tomos, llevado a cabo con varios colaboradores, entre los que se contaban Abel Morales, Carlos Parés, José Torreblanco, Victoriano Acosta, Ramón Cerviño y Urbano Barnés. En ese conglomerado de 500 médicos existían por lo demás toda clase de especialistas, ginecólogos, pediatras, urólogos, internistas, otorrinolaringólogos, oftalmólogos, dermatólogos, psiquiatras, etcétera, que resultaría largo citar aquí y donde fácilmente caería yo en el imperdonable descuido del olvido involuntario, porque lo siempre peligroso de las listas es que en ellas lo que más se nota son las omisiones.

No todos los 500 inmigrados permanecieron en la Ciudad de México; ya hemos visto que muchos de ellos ejercieron en provincia, donde incluso algunos tuvieron una destacada labor, como Vicente Ridaura en Tampico, Folch en Torreón, Vanegas en Puebla, Fumagallo en Monterrey, Olsina en San Miguel de Allende y en Pachuca Pelayo Vilar, Antonio Aparicio y José Herrainz Serrano, cirujano de la Beneficencia Española de Pachuca, cuyo interés por la anatomía le llevó a fundar el Museo Anatómico en dicha ciudad.

Pero la labor de los médicos inmigrados no sólo consistió en el ejercicio libre de la profesión o el quehacer asistencial, sino que algunos de ellos llevaron a efecto otra importante labor en el ámbito de la investigación. A diferencia de lo acaecido a los cirujanos, Isaac Costero Tudanca tropezó con un campo poco competido: la anatomía patológica. En 1939 el grupo de facultativos que cultivaban dicha rama de la medicina era reducido. Costero, burgalés de nacimiento, pero graduado en la Universidad de Zaragoza, fue aventajado discípulo de don Pío del Río Ortega, exiliado también, pero inmigrado en Argentina. Con gran personalidad y sólida preparación, don Isaac fue encargado del Departamento de anatomía patológica del Hospital General y desde 1944 desempeñó la jefatura del mismo en el Instituto Nacional de Cardiología, donde realizó gran número de trabajos de investigación

acerca del cuerpo carotídeo,<sup>11</sup> sin contar estudios sobre patología cardíaca y de hipófisis. Desempeñó desde el Instituto un gran papel en la preparación de una larga escuela de patólogos mexicanos. Podríase incluso afirmar que la inmensa mayoría de los que cultivan dicha especialidad en México provienen directa o indirectamente de dicha formación. Costero escribió además, en México, un *Tratado de anatomía patológica* que fue el libro de texto de muchas generaciones y, más tarde, hizo una síntesis del mismo en tres pequeños tomos, que bautizó como *Tratado didáctico*. Resultaría imposible citar aquí toda la obra del maestro Costero a la que bien podría calificarse de educadora y creadora de escuela, que culminó con el Premio Nacional de Medicina en 1972 y el título de Doctor *Honoris causa* de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1979.

La otra figura impar en el campo de la investigación se halla representada por Rafael Méndez. Despertaron sus inclinaciones hacia este quehacer sus profesores, don Juan Negrín y don Teófilo Hernando, titulares de Fisiología y Farmacología respectivamente en la Universidad matritense. Becado para estudiar, primero en Edinburgo y más tarde en Berlín, ganó a su regreso a España la cátedra de farmacia en la Universidad de Sevilla, para después trasladarse a Madrid como profesor auxiliar y jefe de la sección de farmacología de la Universidad del mismo nombre, puesto que ocupó entre 1930-1939. Casi al iniciarse el exilio, don Rafael ocupa el puesto de instructor e investigador asociado de la Universidad de Harvard y más tarde, en 1943, el de titular en la Universidad de Loyola en Chicago. A partir de 1946 es nombrado jefe del Departamento de Farmacología del Instituto Nacional de Cardiología y profesor de la materia en la División de Estudios Superiores de la Universidad Nacional Autónoma de México. Desde 1975 es jefe de la División de Investigaciones del mencionado Instituto. Sus campos de trabajo han estado orientados fundamentalmente hacia tres áreas: los digitálicos, los medicamentos antiarrítmicos y los receptores adrenérgicos.

La neurología contó también con un neuropsiquiatra bien encauzado en el terreno de la investigación: don Dionisio Nieto, a quien la Guerra Civil alcanzó cuando aún no cumplía 30 años, a pesar de lo cual disfrutaba ya de una sólida preparación. Desde un principio, Nieto formó parte del Instituto de Investigaciones Biomédicas, en el cual ocupó la jefatura del Departamento de Neuroanatomía y Neuropatología. En 1948 inició sus trabajos, que

<sup>11</sup> Isaac Costero, *Crónica de una vocación científica*, 1977.

culminarían en la elaboración de una reacción de fijación del complemento destinada al diagnóstico de la cisticercosis. Sus contribuciones en el terreno de la neuropsifarmacología han sido numerosas. Nieto fue también fundador de una escuela importante de investigadores. Ramón Álvarez Builla llegó a México en 1947, con formación distinta, y por ello en ocasiones no es incluido dentro del grupo de inmigrados. Sus estudios médicos los llevó a cabo en la Universidad de Moscú, donde más tarde obtuvo el doctorado en ciencias, con especialidad en fisiología. Poco tiempo después de su ingreso en la República Mexicana se incorporó al Instituto Politécnico Nacional y en la actualidad es el jefe de la Unidad de Investigación en el Instituto de Enfermedades Pulmonares. Con gran preparación en el campo de la neurofisiología. Álvarez Builla ha llevado al cabo relevantes trabajos de investigación acerca de los mecanismos reguladores de la glucosa. Ha recibido por esta labor varios premios, como el Alfonso Rivera y el Elías Sourasky.

Mención especial en el campo de la investigación histórica merece Germán Somolinos, quien desde su llegada a México, en 1939, emprende meritoria labor en busca del pasado de la medicina mexicana y así edita la obra de Francisco Hernández, médico de Felipe II y jefe de la expedición científica enviada por España en 1570. Somolinos escribió no menos de 200 artículos que versan sobre temas variadísimos, desde la biografía de Francisco Bravo, autor de la primera obra de medicina en América, *La opera medicinalis*, la vida de Miguel Jiménez, brillante clínico mexicano del XIX, hasta un ensayo de tanta sensibilidad como el titulado *Acerca de lo mexicano en medicina*. Pero lo más relevante, quizá, es que lo que hoy existe publicado de Germán Somolinos, no es sino tenue reflejo de lo mucho que poseía como material inédito al morir. Hubo momentos en la industria farmacéutica de México, en los que el 90% de su personal se hallaba constituido por españoles y éstos en su gran mayoría eran exiliados. Numerosos fueron los laboratorios fundados por la inmigración. Los nombres de IQFA, KRYKA, SERVET, EUROMEX, FARBAR, QUERALT, entre otros muchos, acuden en este momento a mi memoria. Los laboratorios HORMONA, predecesores de SYNTAX, propiciaron el que México se convirtiese en uno de los primeros países en sintetizar hormonas, tomando una sustancia natural de la planta del barbasco. El iniciador fue Rosell Markes, quien contó con la colaboración de varios exiliados españoles: Francisco Giral, Poza Juncal y Oscar Trigo.

Un cierto número de médicos, por una u otra razón, no encontró acomodo dentro del ejercicio profesional y lo encauzó hacia otros campos. Uno de ellos fue la traducción de libros de medicina

escritos en inglés. Al fin y al cabo, "la traducción es sólo un recurso socorrido y noble para ganarse la vida en el exilio", como apuntaba don Felipe Teixidor en su prólogo al libro *La vida en México* de la Marquesa Calderón de la Barca, y no sólo los médicos, sino también muchos otros fueron los refugiados que hubieron de incurrir en él. Varios son los nombres de quienes se ocuparon de este menester, pero entre ellos quiero referirme a tres. El primero, de gran mérito, fue Ramón Bertrán, quien aprendió el idioma extranjero como autodidacta y hubo de recurrir a la traducción al haber perdido los dedos de ambas manos por padecer el síndrome de Raynaud y sufrir la exposición a bajísimas temperaturas, atendiendo heridos en el frente de Teruel. También al oficio de traductor se dedicó José Puig Guri a su regreso de la especialización en Estados Unidos, aunque muy pronto se destacó como competente ortopedista. Finalmente, el más relevante en esa labor de trasladar la medicina de un idioma a otro, con más de 2 000 obras traducidas, ha sido don Alberto Folch y Pí, fisiólogo de la escuela de Pí Suñer y prototipo de médico humanista, quien, a pesar de su gran labor en este campo, debió haberse encauzado hacia la investigación.

Pero volvamos a las obras médicas impresas. Ya en párrafos anteriores, al citar a algunos médicos, me he referido a la publicación de sus obras. Resultaría muy laborioso presentar un catálogo de todo lo impreso, aunque ya se han realizado con antelación estudios parciales.<sup>12</sup> Y es que, a lo largo de medio siglo, existen libros de toda índole, desde los de texto hasta aquéllos destinados a la divulgación, así como trabajos de investigación originales que también resultaría difícil reunir en una relación. Los médicos emigrados dieron vida a un buen número de revistas, entre las cuales merecen destacarse la titulada *Ciencia*, que continúa imprimiéndose hasta la fecha con gran calidad científica y que, si bien contiene una gran parte de material no médico, debido a la herencia de sus fundadores, don Cándido Bolívar y don Francisco Giral, quienes no eran médicos, siempre encuentran cabida y buena acogida en ella, los artículos de medicina. Entre otras publicaciones, los inmigrados dieron nacimiento a los *Anales del Ateneo Ramón y Cajal*, a los *Archivos médicos mexicanos* y, en provincia, al *Monterrey Médico* y al *Acta médica hidalguense*, que fundó Pelayo Vilar.

Varios médicos exiliados formaron parte de la Academia Na-

---

<sup>12</sup> *The Printed Work of the Spanish Intellectuals, 1936-1945*, Stanford, Stanford University Press, 1950.

cional de Medicina: Germán García, quien ha tenido siempre parte activa, pero también Pérez Cirera, Germán Somolinos, Rafael Méndez, que es hoy miembro honorario de la misma, e Isaac Costero, quien llegó incluso a ser su presidente. Germán Somolinos, con un grupo de destacados médicos mexicanos, fundó la Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina y debió haber sido su presidente, de no haber fallecido en enero de 1973.

En conclusión, debemos conservar memoria de que en 1939 se conjuraron hechos históricos de singular naturaleza. Por una parte, México se benefició al incorporar a la nación en pleno desarrollo de su medicina a un grupo selecto de médicos españoles, que su país penosa y amorosamente había formado durante la primera mitad de siglo, enviándolos al extranjero merced a las bolsas de viaje creadas por la Junta para la Ampliación de Estudios y proporcionándoles después los elementos necesarios para una fructífera maduración. De todo aquel esfuerzo realizado por España para su rápido desarrollo en ciencia y en humanidades, México resultó, gracias a su generosidad, el beneficiario. España, como acontece tantas veces con el correr de la vida, no sabía desde luego lo que hacía enviando a lo mejor de sus intelectuales: Del Río Ortega y Manuel de Falla a la Argentina; Juan Ramón Jiménez y Pablo Casals a Puerto Rico; Pisuñer a Venezuela; Severo Ochoa y Durán Reynals a los Estados Unidos; Trueta a Inglaterra y una legión, entre los que había un grupo selectísimo, a México. España no llegó a percatarse de ello hasta tiempo después; fue una invidente y se sumió en 30 años de afligido y sombrío silencio. México, en cambio, percibió lo que ganaba desde el principio mismo del hecho y, por ello, nunca ha cesado en su expresiva y conmovedora elocuencia.